

PREMIO «FRANCISCO P. MORENO»

CORRESPONDIENTE AL AÑO 1931

La entrega del premio «Francisco P. Moreno», correspondiente al año 1931, se realizó en el Museo el 21 de noviembre del año próximo pasado. Le fué otorgado por el Consejo Académico del Instituto, al doctor Carlos Bruch, conocido entomólogo y actualmente jefe *ad-honorem* del Departamento de zoología del Museo de La Plata.

El acto de la entrega se vió sumamente concurrido, presidido por el doctor don Ángel Gallardo, presidente de la Academia de Ciencias de Buenos Aires y con asistencia de varias delegaciones de las instituciones a las que el doctor Bruch pertenece o está vinculado por sus actividades científicas.

Realizada la entrega del premio, que consiste en una plaqueta y un diploma, la concurrencia fué obsequiada con un *lunch*.

Publicamos, a continuación, los discursos leídos en dicho acto, en el orden en que fueron pronunciados.

LA DIRECCIÓN.

DISCURSO DEL DIRECTOR DEL MUSEO, DOCTOR LUIS M^a TORRES

Señor presidente,
Señores delegados,
Señoras y señores :

En nombre del personal del Museo de La Plata cumplo con el honroso deber de saludar al esclarecido doctor Carlos Bruch y a la distinguida concurrencia que ha querido asociarse a esta demostración en su honor.

Por cuarta vez el Consejo Académico del Museo ha discernido el premio «Francisco P. Moreno» a un investigador de altas condiciones, de consagración constante a los estudios de la naturaleza; hombre modesto, desinteresado y laborioso; observador de la vida maravillosa de los insectos, con toda la pasión que debe sentirse para realizar una obra metódica, perspicua y trascendente.

El nombre de Carlos Bruch ha quedado asociado al de los fundadores de las ciencias biológicas en la Argentina, y, para los que hemos propiciado este acto de reconocimiento, unido a los nombres ilustres de Gustavo Steimann, Miguel Lillo y Roberto Dabbene. Bien es sabido, señores, que todos ellos son modelos de vidas consagradas al estudio.

La del doctor Bruch nos la va a referir él a grandes trazos, como puede hacerse en una conversación confidencial, que dejará estampada una página de la que podrá llamarse historia interna de esta institución.

Le quedaremos agradecidos por lo que aprecie en su verdadero significado, porque más que crónica debe ser historia sentida y pensada, como la vivieron el fundador de este Museo y el formidable estado mayor de hombres de ciencia que le dieron existencia y renombre, dentro y fuera del país.

Para esos recuerdos de Bruch, expresados con sencillez y emoción, secreto de la máxima elocuencia, resulta que nosotros los que actuamos en este sector de la evolución del Museo, hemos alcanzado a merecer su palabra de aprobación y de estímulo. Podemos considerar que en esas palabras hay mucho de gratitud y de aprecio afectuoso, pero no obstante, no estarán desprovistas del juicio ecuaníme que le han merecido nuestra actuación después que él hubo colaborado, como lo va a demostrar, en la época más brillante del Museo. Sea lo que fuere, habrá quedado establecido que una obra seria ha sido realizada gracias al esfuerzo corporativo y al alto criterio de acción positiva de continuidad.

Sobre los rasgos más acentuados de la personalidad de Bruch, expresará sus reflexiones el doctor Emiliano J. Mac Donagh, su sucesor en el Departamento de zoología, y antes de cederle la palabra permítaseme que, como acto esencial de este homenaje, le haga entrega al doctor Bruch del premio «Doctor Francisco P. Moreno» y le presente, en nombre de todos, las más sinceras congratulaciones.

DISCURSO DEL JEFE DEL DEPARTAMENTO DE ZOOLOGÍA
DOCTOR EMILIANO J. MAC DONAGH

El Museo de La Plata ha discernido el premio Moreno por cuarta vez y la lista de honor es ahora así : Steinmann, Lillo, Dabbene, Bruch. Es curioso notar cómo los premiados van siendo cada vez más nuestros íntimos, para llegar a este nuestro don Carlos, que colma la intimidad y el afecto. Imposible fué buscar este año otro que mereciese más el premio Moreno por su obra argentina y por la gratitud que le guarda el Museo. ¿Quién sino Moreno podía premiar con su nombre a Bruch, y quién sino don Carlos podía recibir, como de la casa, la nominación

honorífica? A este juicio recíproco nos obligan su persona y su obra : intimidad de la una, gloria de la otra.

El proceso involuntario que nos ha llevado a este «retorno sobre nosotros mismos», comenzó en Steinmann — el único extraño a nuestra vida — en quien se premió fundamental y fundadamente al maestro, al hombre de las grandes concepciones geológicas, pero quien de la naturaleza argentina no conocía palpablemente sino lo que pudo ver en sus viajes, más bien excursiones, demasiado breves si no es para un buen recuerdo. Steinmann vive pues para nosotros, como persona, en la veneración, cuando no en las anécdotas de sus discípulos Keidel y Schiller. Porque éstos son nuestros, veneramos a quien les orientó. Mas la obra intelectual de Steinmann es, sobre todo, de ejemplo; valor de una época y no acción de presencia personal en el trabajo cotidiano de nuestra geología. Con los tres premiados restantes sucede que su vida no escrita será siempre un antecedente de lo que hagamos por culminar su obra escrita.

Lillo es de nuestro país; brotado como un árbol del mismo suelo tucumano que amara tan encendidamente, y, como un árbol, asentado, apegado, verdadero naturalista de su naturaleza, fervoroso de su ambiente hasta ser peculiarmente el sabio de la tierra tucumana. Lillo fué un hombre de obra múltiple, porque la tierra donde nació relucía con muchas glorias naturales : plantas, aves, insectos y ya sabemos que se ocupó hasta de la lluvia y del viento y de los minerales impalpables que nos dan las aguas sin decirlo. Todo lo juntaba y lo ordenaba; cuentan que la mejor colección de un diario local era la suya, más completa que la de la misma imprenta, y que la picardía provinciana sabía dónde acudir para regodearse hojeando la colección esmerada e intacta de no averigüemos cuál revista satírica.

El doctor Roberto Dabbene es el más reciente de los premiados : le hemos escuchado y sabemos cuánto piensa de nuestras colecciones de aves, sobre todo las patagónicas, pues, como él lo ha dicho, son en mucho superiores a las otras argentinas y para sus revisiones sistemáticas ha debido recurrir a ellas en busca de series ricas. Porque Dabbene también ha trabajado aquí, con nuestros elementos. Nadie que no sea un naturalista comprenderá hasta qué punto un sabio se identifica con la vida de un Museo cuando estudia sus colecciones. Practica un repaso de la historia de esa institución. Sabe por cuáles rutas fueron sus cazadores y cómo eran de hábiles para preparar las piezas; juzga del orden y cuidados puestos en conservarlas; mide el amor de otros como un enamorado sin celos, paternal. No ya sólo los de este Museo, sino todos los naturalistas argentinos, aun los de generaciones maduras de años, le debemos a Dabbene una lección : orden en el trabajo, pulcritud en la exposición, probidad en el juicio y dignidad en la vida. Por encima de

todo ello, el mantenimiento de *El Hornero*, en medio de grandísimas dificultades, es una obra de amor que tiene para los argentinos, un significado especialísimo; aparte de su importancia científica, el símbolo del nombre defendido es el del mejor argentinismo: realista, sin fátuos relumbrones románticos, sin indianismos, casero, enteramente nuestro.

Y ahora que llegamos a don Carlos me encuentro con la mayor de las dificultades, porque dos cosas le hacen perder su mucha paciencia: la ciática y los elogios. Y los elogios son como el té, que requiere buena mano para que salga livianito. Me acuerdo que hace unos cuantos años un admirador suyo, excelente persona, pero vulgarizador y enfermo del floripondio, le publicó una alabanza repleta de fantasía en que lo llamaba « el Virgilio de los insectos ». Don Carlos estaba indignado: « Vea usted qué magníficas reproducciones de mis láminas; pero oiga lo que dice: ¡ ah, pero si esto es demasiado ! »

Así juzga un sabio el despropósito: la demasia es enemiga del buen juicio. Quedémonos siempre en el justo medio, sobre todo si no somos dignos de juzgar. El juicio del hombre que entiende, ese sí escuchémoslo. Lo que han dicho de la obra de Bruch sus colegas de valía no es para repetirse por lo abundante; pero por la brevedad, por el cincelado involuntario de la frase, recuerdo aquí el del viejo naturalista norteamericano Theodor Cockerell, especialista en abejas y en unas cuantas actividades más; un febriciente que ha corrido buena parte del globo viendo colecciones y coleccionistas de todo género. Llegó aquí a La Plata y le costó entenderse en inglés con Bruch, porque él hablaba en norteamericano del 100 por ciento. Se fué a Spegazzini y le pasó lo mismo, con lo que volvió a Bruch. Alemán, no sabía francés, tampoco castellano ni por equivocación, pero tenía ojos para ver y secretaria a quien dictar. Por eso escribió a su país las impresiones de viaje — que se las publicaron de inmediato — y dijo de la colección Bruch que era: « *the most beautifully arranged collection of Coleoptera I think I ever saw* ».

¿ Cómo traducir este golpe de pluma? A primera intención se traduciría por « la más hermosamente ordenada », pero no es eso. Porque si usásemos la palabra orden en el sentido de virtud del orden, sí; pero usamos el habla común y por eso se piensa en un orden mecánico; y lo prodigioso de aquellas cajas es que todo está bien, desde el pletórico dinástico que casi hace saltar el vidrio con su torso de changador, hasta el minúsculo estafilínido mirmecófilo que ha de ser visto a fuerza de lupa y parece encoger las alas, vergonzoso de que lo pillaran haciendo cebo a costa de las hormigas. Hay algo más que orden allí, hay inteligencia y por eso, lo más próximo a una traducción de Cockerell será: la colección más hermosamente dispuesta, porque ese es el secreto del orden: proponerse y disponer.

Una vez, hace muchos años, le mostraron a don Carlos una colección

de insectos — será mejor que no digamos de qué grupo. Quien se la exhibía estaba convencido de dos cosas : primero, de que había hecho lo mejor que podía para presentarlos muy pulcramente ; y segundo, que realmente estaban bastante bien. Don Carlos contempló aquellas hileras, las observó de detrás y de costado, y pareciéndole una tropilla de ebrios, le preguntó al dueño : « Pero, ¿ estarán *tomados* ? »

Esta palabra, criolla hasta la coronilla, es una de las tantas en que se exhibe el habla campera de nuestro amigo. Ha recorrido como pocos la República, sobre todo en estudios de frontera, y de esos años de andanza tiene en su colección piezas inestimables y en su memoria anécdotas sin fin. Es decir, hay otra riqueza : la prodigiosa colección de negativos fotográficos, tan hermosos y tan compañeros de sus recuerdos ; cada imagen fijada en la placa trae la constelación de otras imágenes : sucesos vividos, hombres y lugares famosos, como esa vista espumosa del Ignazú, tomada desde un lugar ímprobo, y que fué de las pocas, si no la única, que se salvó con la máquina a su espalda cuando se dió vuelta la canoa en las aguas atontadas...

El habla acriollada y el léxico descriptivo riquísimo nosotros los gustamos, pero él se queja de sus trabas de expresión. Todos le hemos oído su fastidio por no saber cómo escoger la palabra justa, dulcificar el giro duro de la frase. Hace unos días, preocupado con la preparación de su lectura de esta tarde, le oímos condensar su furia en una sentencia : « El castellano me cuesta, el alemán lo he olvidado, el francés no lo domino, ¿ cómo me expreso ? »

Es la ocasión de repetirle que su forma vale por su materia. ¿ Qué importan una preposición o un adverbio trastocados si un nuevo ser ha sido creado para su ciencia ? El Génesis nos dice cómo Adán arrojaba nombres a los nuevos animales que veía ; alabemos ahora este oficio del hombre que puebla la mente con lo que extrajo de la naturaleza. Y más si nos son dados con ese léxico descriptivo que a este hombre parece venirle por las puntas de la pluma y que no tiene otro secreto que el de los pintores y dibujantes : saber mirar lo que se tiene ante los ojos.

¿ Qué otra explicación tiene, sino su obra arqueológica ? Buena parte de ella la hizo a regañadientes, porque perdía el tiempo que tanto necesitaba para su obra entomológica ; pero quienes entienden en la materia dicen que es irreprochable. Fué realizada sin teorías, sin bibliografías, sin ningún propósito de lucirse, apenas con las citas de los autores indispensables. Es la justificación del método de observación implacable y de libertad mental que tan grandes triunfos le ha dado en sus estudios de hormigas, sobre todo de la *Labauchena* y de la *Bruchomyrma*.

Es el don artístico y científico a la vez. Dígase si no lo hay en cada

una de sus descripciones, sobre todo en los de la última época; y así, si tomamos al acaso el minúsculo *Teratolister daguerrei*, tiene (dice Bruch) la superficie lisa, sin escultura alutácea, sobre el dorso de los élitros algo verrugosa, en todas partes con brillo aceitoso, por debajo poco menos lustrosa; el dorso está ralmente erizado de setas cortas y rojizas y con algún aumento se distingue también una pilosidad muy particular de cilias pálidas, ramificadas. Otro, el *Terapus trifosetosus*, es un bichito de 3 milímetros de largo; pero nadie puede despreciarlo por eso, porque el sabio que lo reveló al mundo lo ha visto «erizado de largas setas, dispuestas en mechoncitos ralos, de un hermoso rojo, que a ciertas luces toman reflejos purpúreos».

El mundo de lo pequeño nos lo revela en belleza. Es, en otro orden, un arte como el de Heredia el parnasiano, cruel de precisión en su lenguaje fulgurante, gozándose en grabar «esmaltes y camafeos» con sólo sonidos.

Antes, nuestros hormigueros estaban habitados únicamente por hormigas; así lo creíamos. Hoy sabemos que vive allí una cohorte de huéspedes, insólitos, extravagantes, imitadores, cuando no remedadores, de las dueñas de casa. Para nuestra imaginación casera, el Alto Pencoso era un páramo; un día supimos que eso decía su nombre, porque era una altura llena de pencas; hoy no podemos representarlo sin la vida trajinosa de todas aquellas hormigas estudiadas bajo el fervor del sol puntano por nuestro amigo. Y por eso repito que el orden, con ser esencial, no es lo más importante de la lección que nos da su vida; no es la ordenación, es la revelación de nuestra naturaleza.

Se me perdonará que manifieste cómo, cuándo en un principio se pensó en Bruch para el premio Moreno, hubo el temor de premiar a uno de la casa. Lo era, pero el importuno pensamiento se disipó cuando recordamos la nueva vida de don Carlos en Olivos. Se había retirado a descansar allí después de grandes hesitaciones. El firme espíritu de su esposa era el mejor puntal. Y así fué la gran aventura. En el transporte hasta la nueva casa no se cayó ni una patita de los miles y miles de insectos de su colección; y supongo que es un hecho bastante conocido el que cada insecto tiene seis patitas. Quiere decir que estaban bien preparados.

Este fue el primer éxito. El segundo fué cuando se descubrió que en Olivos sabían hacer casas y que la luz era tan buena allí como acá para sacar fotografías. El tercero pide una sonrisa porque de entonces data la plenitud del ecumenismo en la obra de don Carlos. Empezaron a menudear las visitas de amigos, admiradores, nuevos discípulos y hasta de aquellas personas que necesitaban buenas fotografías para que sus publicaciones tuviesen siquiera algo bien hecho. Don Carlos no estaba ya en una ciudad provinciana hasta la cual había que molestarse en ir para

molestarlo ; vivía en el norte de la capital, que es donde se lo puede tratar como un amigo y un colaborador. Nuestros colegas de *Physis* de la Entomológica y los participantes en las reuniones del Museo « Bernardino Rivadavia », saben bien cuánto de nuevo trajo este hombre cordial a sus reuniones, a sus charlas, y hasta a esos sutiles momentos del silencio entre los amigos, cuando el juicio sugiere y no dicta. Como se ve, señores, estamos aquí para festejar al don Carlos de todos y no al de la casa.

Por eso no he traído estadística, ni coleccionado juicios de las autoridades en cada especialidad. Es obra necesaria pero inoportuna y por otra parte bastaría para ello poner al día las páginas en que Carlos Lizer y Trelles, en párrafos al estilo de Ricardo León, celebró la obra del maestro en la sesión de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, cuando se le nombró socio honorario.

Don Carlos ha tenido muchas confortaciones en su misma obra. No conozco hombre más desaparegado de honores y relumbrones. Las numerosísimas especies y géneros que le dedicaron no le quitaron su paz.

Pero quiero mencionar una injusticia de que él mismo no se ha dado cuenta.

Todos los entomólogos que me escuchan recuerdan aquellas palabras de Santschi citadas en un trabajo de nuestro premiado : Cuando vió los primeros ejemplares de la famosa hormiga parásita, ala que él llamó *Bruchomyrma*, bailó de gozo en su laboratorio. Tan extraordinaria es. Pero hay que haber oído la conferencia de Bruch (más vivida que la lectura de trabajo) para concebir el grado de haraganería de aquellas hormigas; a tal punto llegan, que sus esclavas tienen que estirarles una pata, y la dejan estirada ; luego otra y otra, hasta terminar con las seis.

Y yo pregunto ahora si es justo haber dedicado esta *Bruchomyrma*, es decir hormiga de Bruch, superlativa en su holgazanería, al más laborioso de los naturalistas argentinos.

DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS BRUCH

Señor presidente,
Señor director del Museo,
Señores colegas,
Señoras,
Señores :

Harto difícil es para mí, en esta oportunidad, hallar palabras con que expresar mis sentimientos de gratitud por esta demostración de aprecio y por la alta distinción, de parte del señor director y de mis colegas del Museo de La Plata, al otorgarme el premio « Francisco P. Moreno ».

Si tengo a mucha honra aceptar ese homenaje, desearía ante todo, que estas sencillas palabras sean interpretadas como muestra de mi profundo y sincero agradecimiento, que también hago extensivo al señor director del Museo, doctor Luis María Torres y al doctor Emiliano Mac Donagh, por los elogiosos conceptos, al ponderar mi actuación científica. Sin exteriorizar modestia alguna, considérome demasiado halagado, pues, repito lo manifestado en otra oportunidad, que sólo creo haber cumplido con el deber, que yo mismo me impuse, hace unos 44 años, al pisar esta hospitalaria tierra y porque mi labor no representa sino el cultivo de una vocación, arraigada desde mi niñez, por el estudio de la naturaleza.

Debo esa feliz realización de mis ensueños, casi exclusivamente, a circunstancias fortuitas : a las grandes facilidades dispensadas por el fundador de este Museo, el ilustre argentino Francisco P. Moreno, cuyo duodécimo aniversario de su fallecimiento recordamos con hondo pesar, y en cuya memoria recae, en primer término, la celebración del presente acto.

Fué precisamente uno de estos días, a fines de noviembre de 1887, cuando tuve la buena suerte de entablar relaciones con el doctor Moreno, y algunas semanas más tarde, figuré entre sus modestos colaboradores, acompañándole hasta su retiro del Museo, en 1906, cuando como mejor compensación por los servicios prestados, me siguió honrando con su noble y leal amistad.

Imborrables recuerdos conservo de aquella, mi primera visita al Museo. El bosque platense de eucaliptos abarcaba entonces una vastísima extensión, se hallaba tupido y en pleno desarrollo; delante del edificio observé hermosísimas plantas y árboles indígenas, que provocaron mi encanto.

El Museo, cuyos cimientos habían sido abiertos hacía apenas unos tres años, estaba próximo a terminarse, y por dentro notábase un movimiento febril, doquiera se dirigía la mirada. Mientras se revestían paredes y colocaban puertas y ventanas, los vestíbulos recibían artísticas decoraciones; se llenaban salones de vitrinas, pedestales y colecciones.

Una de las grandes galerías, «la redonda», ostentaba ya imponentes restos paleontológicos; la galería del lado opuesto exhibía esqueletos y preparaciones de mamíferos, aves y diversas piezas zoológicas, todo desconocido para mí. En otras salas fueron instalados, simultáneamente, objetos y materiales de antropología, arqueología y mineralogía, etc., traídos en gran parte por el mismo director de sus expediciones iniciales.

Hallábame empeñado, durante mi primera actuación, en la instalación de una dependencia gráfica que se me había encomendado, la cual

más tarde permitiera la impresión de las publicaciones en el propio instituto; pero, no obstante, también aprovechaba todo momento libre, para ampliar mis conocimientos zoológicos y dedicarme al estudio de la entomología, por la cual he tenido siempre predilección.

Con el mejoramiento progresivo de instalaciones y aumento del personal idóneo indispensable, nuestros esfuerzos viéronse coronados, al salir a la publicidad, en 1891, el número primero de la Revista, que incluso lleva el frontispicio del Museo, en fototipia, que como ensayo logré imprimir personalmente con elementos bastante rudimentarios.

Gratos recuerdos conservo aún de otras mis primeras tareas. Tocábame reproducir documentos antiguos, para un grueso volumen de los *Anales*, en cuya ocasión tuve el honor de hospedarme varias semanas en las mansiones del general Mitre, de Manuel Ricardo Trelles y de Andrés Lamas, quien con vieja bonanza criolla ofrecíame por primera vez el «mate», recordándomelo como presagio feliz de permanencia para siempre en la Argentina.

Podría jactarme también, de haber conocido dos eminencias entomológicas de aquel tiempo: Félix Lynch Arribálzaga y el sabio Burmeister; mas nuestras relaciones poco prosperaban. Quizá ambos apreciaban mi capacidad de entonces con demasiado escepticismo. ¿Qué dirían los maestros de antaño, si ahora vieran mis colecciones entomológicas con tantas especies interesantes, de formas extravagantes e insospechadas por ellos?

Otras personalidades del ambiente científico, como Lafone Quevedo, Ambrosetti, Enrique Lynch Arribálzaga y Spegazzini, conté luego entre mis primeras relaciones de amistad, de cuyas bellas enseñanzas pude sacar provecho sumo, para más tarde pagarles tributo, ya sea ofreciéndoles estudios propios, ya brindándoles materiales abundantes, como lo atestiguan las publicaciones spegazzinianas y otras.

Los años de la década de 1890 a 1900 fueron, indudablemente, de los más significativos para el progreso y desenvolvimiento científico del Museo de La Plata; fueron asimismo decisivos para mi carrera de naturalista y entomólogo. Para ello contribuyeron poderosamente mis ambiciones personales y las buenas relaciones mantenidas con el doctor Berg, cuyas lecciones fueron para mí de mayor utilidad.

Importantes recursos y subvenciones, acordados por los gobiernos de la Provincia y de la Nación, permitieron a Moreno organizar el Museo y poner en práctica su vasto plan, preconcebido desde muchos años atrás. Fué el ideal del fundador, proyectar el Museo, para constituir en él un gran centro de estudios e investigación científica, acerca de nuestro suelo, habitantes, fauna y flora, etc., bajo sus diversos aspectos y tiempos.

Sus primeros colaboradores, hombres de ciencias, como Mercerat, Ten Kate, Lahille, Hauthal, Roth, Lehmann-Nitsche, Torres y Schiller, han sido, sucesivamente, los encargados de las secciones respectivas, mientras viajeros entusiastas como Canesa, Methfessel, Koslowski, Gerling, etc., en lejanas regiones recogían abundantes materiales, que aumentaban rápidamente el primer núcleo de colecciones. Debe recordarse en ese tiempo la eficaz dedicación y ayuda del secretario, don Rafael Cattani, quien a menudo, y en momentos difíciles, tuvo que encargarse de la dirección del Museo, durante largas ausencias del doctor Moreno.

Grande interés hubo después por las expediciones, y en ellas participó casi la totalidad del personal científico y técnico del Museo.

Tan profícua labor, realizada sin tregua alguna y siempre con el bello ejemplo de Francisco Moreno, no dejó de producir sus primeros frutos. Nuestras publicaciones — *Revista* y *Anales* — de aquella época, se considerarán siempre como el mejor exponente de las primeras investigaciones efectuadas, pues, ellas diéron al Museo la reputación universal que, con legítimo orgullo, conserva hasta el presente.

En ellas iniciaron Moreno y Mercerat las primeras descripciones del rico material de fósiles, que había ya ingresado en las colecciones, y cuyos estudios fueron luego continuados por Roth, Lydekker, Scott, y recientemente, bajo la dirección del doctor Torres, por von Huene y Kraglievich, ambos famosos paleontólogos que con ese propósito visitaron el Museo. El mismo Moreno y Ten Kate fueron los precursores de nuestros estudios antropológicos y arqueológicos, que más tarde estuvieron a cargo de Lehman-Nitsche, Lafone Quevedo, Outes, Torres etc. Lahille, Koslowski y Félix Lynch Arribáizaga publicaron las primeras e importantes series zoológicas sobre temas variados.

Los resultados de las exploraciones iniciales de Moreno, como las expediciones de carácter geográfico-geológico, continuadas luego por él, Hauthal y Roth, tuvieron importancia excepcional, desde que proporcionaron valiosos elementos de juicio para el pleito de límites con Chile, cuya dirección suprema, en calidad de perito, había recaído también en Francisco P. Moreno.

Contaba ya esta casa con una sección correspondiente, y aquí mismo preparó el perito la vasta organización y comisiones de ingenieros para las distintas zonas de operación. Tocábale actuar en esas expediciones a nuestro siempre recordado amigo Clemente Onelli, a quien muchas veces fueron encomendado delicados problemas por resolver. Eran esos momentos de grandes iniciativas, de extraordinaria labor, que en aquella época hubiesen sido irrealizables, de no contar con los profundos conocimientos, que en exploraciones precedentes había adquirido.

Hábiles combinaciones con estas comisiones y el personal del Museo redundaron muy beneficiosamente para éste, pues, cada viaje le propor-

cionó colecciones abundantes, y siempre nuevos e interesantes materiales de estudio.

Desligado casi de mis compromisos contraídos anteriormente, tuve la suerte de ser incorporado a la comisión de límites con Chile. Formé también parte en las expediciones, muchas veces al lado de mi inolvidable jefe, y cuento entre los mejores recuerdos de mi vida, nuestros comunes viajes por las más apartadas y bellas regiones del país.

Si tras muchos años de grandes actividades y enormes sacrificios, este pleito de fronteras llegó a la solución anhelada, la Argentina debe este triunfo a los esfuerzos y a la pertinacia del perito Moreno, como el mismo árbitro británico, Thomas Holdich, lo ha confesado. Confiamos, en que ha de llegar el día, cuando las generaciones venideras así lo entiendan, de erigir a Moreno un monumento público, en compensación de los nobles servicios prestados a la ciencia y a la patria.

Por la ley de convenio del 12 de agosto de 1905, el gobierno de la Provincia cedió al de la Nación el Museo, con la condición de formar parte integrante de la Universidad Nacional de La Plata. A esos fines se constituyó una Facultad de ciencias naturales, que daba al Instituto del Museo este doble carácter : conservar el de los estudios e investigación científica y agregarle la enseñanza superior universitaria. Por cierto, este plan orgánico no se diferenciaba esencialmente de los altos destinos preconcebidos por Moreno, quien fué reemplazado en la dirección por Samuel Lafone Quevedo.

Establecidas en la Facultad de ciencias naturales las escuelas de ciencias geológicas, biológicas, antropológicas, geográficas y químicas, éstas dieron al Museo nueva vida, y a los antiguos colaboradores se incorporaron nuevos y valiosos elementos científicos, como Herrero Ducloux, Bessio Moreno, Outes, Fernández, Spegazzini, Scala, Delachaux, Debenedetti, etc., que con algunos de sus colegas figurarán siempre como columnas angulares de la institución universitaria platense.

Incorporado desde 1901 a la plana científica, en calidad de encargado de zoología, tocóme también actuar más tarde en el ambiente universitario de la escuela de biología.

El Museo ha tenido una intervención importante en el progreso de los estudios de zoología en la Argentina. Un material abundante de representantes de nuestra fauna, debidamente preparado y determinado, constituye, no solamente un conjunto valioso de documentación para la instrucción pública, sino muchos tipos indispensables en la enseñanza de anatomía comparada, como de la zoología sistemática en general.

El funcionamiento de los cursos de zoología que bajo su dirección tuvo el doctor Fernández, puede servir de constante ejemplo de la labor realizada en el aula y en el laboratorio, y las investigaciones del mismo

acerca de la poliembrionía de nuestra mulita con otros estudios por él publicados, han de figurar siempre entre las obras clásicas que honran la ciencia argentina.

No menos elogiosa debe juzgarse la actuación de los demás colegas y compañeros de tareas en estos tres primeros lustros de vida universitaria, equivalente a la segunda época del Museo de La Plata. A cada cual corresponde su mérito, en haber contribuído a la formación de jóvenes discípulos, profesionales de hoy, y cuyos estudios iniciales hállanse ya diluídos entre los trabajos de sus maestros.

Con la designación del doctor Luis María Torres, como sucesor de Lafone Quevedo, fallecido en julio de 1920, se señala para esta institución una nueva etapa llena de grandes iniciativas, relacionadas principalmente con vastas reformas, ampliaciones del edificio y con la reorganización de departamentos y otras dependencias.

Demasiado extenso sería referir en detalle todos los acontecimientos de esta última década de marcados progresos.

La separación de las escuelas de química y de la anexa de dibujo y su traslado a edificios propios, redundó en beneficio para cada parte y permitió la ejecución de las primeras reformas proyectadas.

Con la adquisición de instalaciones, hermosas salas quedaron luego habilitadas para la biblioteca, como para las colecciones de paleontología, etnografía, arqueología y dependencias de trabajo.

Por primera vez se destina gabinete adecuado para las colecciones entomológicas, anexo a la «sala Moreno» creada, como el busto del vestíbulo, en memoria del fundador.

Pocos años más tarde se ejecutaron mayores ampliaciones en el edificio, que luego requirieron una reorganización y distribución nueva de las colecciones de otros departamentos. Afortunadamente, el haber previsto futuras necesidades y de contar con locales amplios, ha permitido alojar la valiosa colección arqueológica del señor Benjamín Muniz Barreto, que consiste de hermosísimas piezas de alfarería peruana, como de una de las mejores y bien documentadas series arqueológicas, procedentes del norte argentino. Formadas estas colecciones por el inolvidable amigo ingeniero Weiser, en excavaciones metódicas de los antiguos yacimientos, durante diez costosísimas expediciones sostenidas por el mismo señor Barreto; por su magnífica documentación sobre los hallazgos y los detallados levantamientos topográficos de las antiguas poblaciones, representan indiscutiblemente el conjunto más valioso de aquel pasado.

Gracias a la perseverancia, engorrosas gestiones y sabias disciplinas, el doctor Torres ha realizado ya la mayor parte de sus proyectos, y con espíritu sereno e íntima satisfacción, podrá ahora recoger los elogios y muy merecidas felicitaciones.

En el transcurso de los años, nuevos colaboradores sucedieron a colegas fallecidos o reemplazaron a otros, ya retirados; y, si complace destacar tan múltiple y fecunda actuación del doctor Ángel Cabrera, deben recordarse también nombres de otros colegas como Keidel, Nájera, Vignati, Birabén, Mac Donagh, Gaggero, Cortelezzi, Sáez y Rodrigo, recientemente ingresados, maestros más jóvenes y de relevantes méritos.

¡ Cuántas otras empresas, como expediciones, investigaciones y estudios, trabajos de gabinete e importantísimas publicaciones, efectuadas en forma muy halagadora, revelan la pujanza y marcha ascendente, en esta tercera época, para el Museo !

No desearía dar por terminada esta síntesis, sin siquiera aludir a la entomología, ya que ella constituye el tema de mi predilección.

La designación de gabinete adecuado y dotación de amplias instalaciones, favorecieron en alto grado la disposición sistemática de las colecciones entomológicas.

Formadas éstas con la base de unos 30.000 ejemplares repetidos de mi colección particular, donados a fines de noviembre de 1895, han sido sucesivamente aumentados, ya con mis contribuciones subsiguientes, ya con materiales recogidos en varias expediciones, como con adquisiciones por compras aisladas. Entre estas últimas figura también la ex colección Berg, importante por los ejemplares tipos de hemípteros y diversos coleópteros, descritos por este autor.

Con todo ello, esas colecciones tomaron notable incremento y actualmente muchísimos especímenes se hallan determinados y buen número de cajas ostentan interesantes series en perfecto orden e inmejorable presentación. Otros órdenes de insectos aguardan su turno y esta tarea continuará, aunque lentamente, desde que está confiada al único empleado de este gabinete.

Siguiendo nuestros programas precedentes, opino que las futuras investigaciones entomológicas deben, con preferencia, ajustarse a tendencias biológicas y podrían tal vez orientarse hacia la entomología aplicada, sin abusar de la llamada « lucha biológica », en concepto nuestro, donde los resultados se consideran a veces con mucho optimismo, con estudios demasiado breves.

Nuestras publicaciones entomológicas han tenido, hasta ahora, tendencia marcada a la biología, la que a nuestro juicio debiera conservar también en el futuro, sin abandonar por ello los estudios de carácter descriptivo y sistemático, ya que son indispensables a toda disciplina científica.

Imposible sería sintetizar en esta oportunidad los estudios entomológicos hechos en la Argentina. Gracias a la acertada iniciativa de Lizer y Trelles, la bibliografía al respecto está al margen del día.

Aunque los trabajos de los viejos maestros, como Burmeister, Berg, Holmberg, Félix y Enrique Lynch Arribálzaga, etc., eran casi exclusivamente taxonómicos, relativamente pocos fueron los insectos en general, que hasta fines del siglo pasado fueron descritos.

Felizmente, desde el comienzo del siglo actual se experimenta una evolución marcada en los progresos de la entomología; y casi simultáneamente con Gallardo, Brèthes, Lahille, Joergensen, etc., iniciábamos también nuestras publicaciones. Si los estudios entomológicos del doctor Ángel Gallardo sufrieron una sensible interrupción, durante sus altas funciones de gobierno, la reanudación, de sus trabajos mirmecológicos, con nuevos bríos, en estos años de su retiro, debe considerarse como grato suceso.

Los trabajos del entomólogo Brèthes, fallecido últimamente, enriquecen principalmente los conocimientos acerca de nuestra fauna himenopterológica.

Los estudios entomológicos tomaron rápido incremento, tanto en los gabinetes de los museos como en diversas dependencias del Departamento de agricultura; se intensificaron en los institutos de enseñanza. Surgieron nuevos elementos entre jóvenes admiradores de la naturaleza, quienes, han producido ya importantes contribuciones como las del malogrado Frers, de Delétang, fallecido recientemente, de del Ponte, Lizer y Trelles, Blanchard, de Carlo, etc.

El aumento de las colecciones particulares ha sido notable en estas dos últimas décadas, prueba del creciente interés entre aficionados, quienes se muestran sorprendidos y maravillados principalmente de la belleza de nuestros lepidópteros. Vastas proporciones han adquirido las colecciones de Richter, Pennington, Bosq, y sobre todo de los señores Breyer; merced a los empeños de Köhler y Hayward, los estudios lepidopterológicos han adelantado visiblemente nuestros conocimientos sistemáticos y biológicos.

Pero el mayor impulso dado a los estudios entomológicos, en estos últimos años, ha sido la fundación de la Sociedad Entomológica Argentina; acontecimiento que se debe, ante todo, a las gestiones del doctor Ernesto Dallas. Cimentada por un grupo de entusiastas, en el primer lustro de su existencia ha satisfecho ya sus finalidades y rumbo trazado. La publicación de su revista propia merece los mejores conceptos, por los esfuerzos y sacrificios de sus organizadores; por su contenido se apreciará la labor de los colaboradores.

El escaso interés que en el país se tenía por la entomología en los primeros años en que me iniciaba en ella, acrecentaba aún mi fervor, y sin desperdiciar una sola de mis horas libres, ocupábame en mi colección de insectos. Compensaban ese aislamiento de entonces las relaciones con

los más sobresalientes especialistas extranjeros, cuyas determinaciones y descripciones aumentaron en forma insospechada los conocimientos acerca de nuestra fauna entomológica.

Y si esta labor, llevada adelante, casi exclusivamente a fuerza de iniciativa y sacrificios pecuniarios personales y con la desinteresada colaboración de buenos amigos, como Aula, Joergensen, Ogloblin, Daguere y sobre todo Barreto, Weiser y Wolters, había dado ya resultados tan óptimos, no debe sorprender que la dedicación intensa y continuada, durante los años de mi retiro del servicio activo, me haya permitido completar mis estudios y organizar mis colecciones, al punto en que se encuentran en la actualidad.

Por obligación moral y patriotismo, queda resuelto el destino futuro de mi obra, con la adquisición para este Museo. Confío, que serán entendidos mi preocupación e íntimos deseos, de que su custodia haya de recaer en un entomólogo de reconocida competencia científica.

Únicamente de esta manera quedaría asegurada la conservación del enorme material típico e insustituible, y también probablemente la continuación y perfección de nuestros estudios entomológicos para el porvenir. ¡ Si así sucediere, se habrán colmado mis aspiraciones !

Señoras y señores : En esta breve exposición, aunque con frases algo deshilvanadas, he resumido recuerdos, relacionados con mi larga actuación en este Museo ; recuerdos que conservo para todos los colegas y compañeros, con quienes tuve la suerte de vincularme.

Os ruego, me perdonéis, si he sido poco elocuente en mi oratoria ; pero confío en que por muchos de los hechos expuestos, podáis juzgar el valor especial que para mi representa el premio « Francisco P. Moreno », como vuestra afectuosa demostración en este acto de entrega ; por todo, os reitero mi agradecimiento.

Si confieso haber trabajado con apasionamiento y fe, os digo ahora que, como autodidacta, me he guiado siempre por la más grandiosa de las obras del Universo — por el libro de la Naturaleza — de cuyos maravillosos secretos, apenas algunos cuantos he alcanzado a revelar. Y si mi modesta actuación pudiera servir de ejemplo y estímulo a nuestros jóvenes estudiosos, a quienes queda aún todo el camino por recorrer, a ellos aconsejo, hagan también suyo el lema : *Laboremus ut conoscamus*.